

# REACOMODAMIENTOS IDEOLÓGICOS DEL SIGLO XX

Por JUAN FERNANDO SEGOVIA (\*)

## I. EL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA

El concepto de ideología es uno de los más difíciles de precisar en el lenguaje político, al mismo tiempo que es una demostración acabada de la polisemia propia de éste. Normalmente se habla de ideología, en sentido positivo, como sinónimo de sistema de ideas o valores; o como equivalente a filosofías o concepciones del mundo en general y de la política en particular. Con alcance negativo, se alude a la ideología como desvarío de la razón, en el sentido de un racionalismo desatento a lo real; o encubrimiento de intereses concretos mediante ideas sobre el desarrollo social; etcétera. En tales circunstancias es indispensable, ante la equívocidad reinante, explicar qué entendemos por ideología.

Para evitar mayores confusiones podemos distinguir tres instancias del pensamiento político: las corrientes de pensamiento político, las teorías políticas y las ideologías políticas (1). En el primer caso nos hallamos frente a *formas de pensar* que sistematizan la experiencia en tanto reposan en un sistema de creencias capaz de integrar la unidad y los detalles de la realidad; son visiones de la realidad, sin el carácter sistemático de las teorías, capaces de fecundar el pensamiento humano y producir un campo cognoscitivo más estable y aceptado, como una teoría o una doctrina. Lo destacable de las corrientes de pensamiento político es que en ellas se fundan las diversas filosofías y teorías polí-

---

(\*) Universidad de Mendoza.

(1) Cfr.: Dalmacio Negro Pavón, «Modos de pensamiento político», separata de *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, año XLVIII, n° 73 (1996), págs. 525 y ss.

ticas, porque son su base, amén de ser históricamente cambiantes. *Una teoría* es una visión más elaborada y rigurosa de esa creencia que aporta una concepción aceptada y estable de lo que es la realidad en razón de su riqueza analítica. *Una ideología política*, en fin, como ha dicho Fernández de la Mora, no es más que una *filosofía política simplificada y vulgarizada*, la proyección popular y práctica de un sistema de ideas. «Por eso pueden reducirse a un programa de convivencia y, en último término, a un credo político» (2).

Este será el alcance que daremos al término y con ese sentido usaremos el concepto de ideología. Se trata de la lógica de la una idea, como apuntara H. Arendt, que al simplificarse y vulgarizarse, se convierte en artículo de consumo masivo y en ariete de la acción política. La ideología sustituye a las concepciones políticas, al pensamiento político en su complejidad y profundidad, tornándose en un agente movilizador al insuflar en los individuos y las masas derivaciones sencillas de un valor primordial que sustituyen la riqueza y la variedad del pensamiento político alertado de la realidad, por visiones esquemáticas y elementales que inhiben la trabajosa tarea de comprender las circunstancias de la acción y la prudencial adecuación de los principios a la concreta situación histórica en que la acción o decisión se inscribe. En sentido similar, señala Bracher como dato característico de esta época la ideologización del pensamiento político en todos los campos, fenómeno que atribuye a la funcionalización e instrumentalización de ideas al servicio de los políticos de poder e influencia, lo que se nota por tres factores: primero, la necesidad de justificación ideológica o intelectual de la legitimidad de los sistemas políticos; segundo, la globalización de los combates de ideas a través de la revolución en materia de comunicaciones, que ha transformado a la política; y tercero, la impotencia de la opinión pública, manipulada por regímenes firmes y fuertes. En este contexto se explica su concepto de ideología:

«un sistema de ideas lo más completo posible, sobre todo en cuanto la relación "hombre-sociedad-política"; un sistema no sólo capaz de reducir la realidad a una fórmula, sino también de falsearla y hasta encubrirla en beneficio de políticas de poder» (3).

Lo importante de esta definición es lo que el autor llama «la funcionabilidad de ideas para propósitos políticos» y su motivación tanto para la acción como para la decepción, «mediante la exageración o la simplificación falseadoras». Este carácter vulgar y funcional es lo que hace que las ideologías, desde el siglo XIX, aparezcan con límites imprecisos, entremezclándose y confun-

---

(2) Cfr.: Gonzalo Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, Rialp, Madrid, 1965, pág. 31.

(3) Karl Dietrich Bracher, *La era de las ideologías*, Ed. de Belgrano, Buenos Aires, 1989, pág. 11.

diéndose. No hay que pedirles a las ideologías precisiones teóricas o rigores filosóficos, sino simplificaciones y reducciones de teorías políticas y sociales con el propósito de excitar la acción colectiva. Pongamos un ejemplo reciente que confirma este punto de vista: cuando la izquierda parece estar hoy a la deriva, cuando se hace necesario precisar de nuevo qué se entiende por socialismo, la preocupación de sus adherentes no pasa solamente por recuperar o incorporar principios que la distingan sino también factores que motiven la acción. Como señala Bosetti, el déficit actual de la izquierda es la ausencia de «motivaciones para la acción pública»; y si la idea socialista o de izquierda ha de reformularse, debe necesariamente considerar la exigencia política «de poner en movimiento energías humanas, consenso y capacidad de dirección» (4).

Una advertencia final. El fin de un siglo y el comienzo de uno nuevo está marcado por la duda a cerca de la subsistencia de las ideologías; por la aparición de un nuevo lenguaje, el mediático; por el reclamo de dar nueva vida a las utopías para resarcirse de la carencia de ideales. En un clima tal, marcado por estas confusiones y exigencias, el carácter marcadamente funcional y motivador de las ideologías parece más evidente, al mismo tiempo que su entrecruzamiento en el terreno del debate cotidiano es notable (5). Por eso muchas veces se habla de ideas que no sabe precisamente qué son y se aplican calificativos y denominaciones a diestra y siniestra para tratar de entender de qué ideas se está tratando y a quién pertenecen. Ante la pérdida de identidades y la mezcolanza ideológicas, las lecturas de estas ideologías son, necesariamente, dispares. Por eso mi lectura tal vez no se compadece de la de otros y tiene bastante de personal; no niego que mis apreciaciones son discutibles y pueden estar enfrentadas a las de otros. Sin embargo, si algo se puede poner de claridad en esta materia, me parece que es a través del sentido y alcance de estas ideologías en el siglo XIX; sólo si nos atenemos a lo que ellas importaban en ese universo político podremos entender lo que representan hoy en día. En otras palabras: si queremos saber qué quiere decir neoliberalismo y cuál es su contenido actual, debemos retener lo que el liberalismo como ideología importaba en el pasado; si queremos descifrar lo que se esconde bajo el mote de neoconservadurismo es imprescindible recordar el significado pasado del conservadurismo; si queremos aprender qué puede identificar hoy al socialismo deberemos remontarnos a lo que por él se entendía hasta hace poco. Si nos olvidamos de esas herencias ideológicas es imposible seguir las mutaciones de los últimos años.

---

(4) Giancarlo Bosetti, «Introducción» a Giancarlo Bosetti (comp.), *Izquierda punto cero*, Paidós, Barcelona, 1996, pág. 18.

(5) Esto nos obliga, por otra parte, a ser selectivos respecto de los temas y los autores a considerar.

## II. DEL NEOLIBERALISMO, UN NOMBRE VULGAR PARA UNA REALIDAD MÁS COMPLEJA.

### 1. El por qué de la transformación y de la renovación.

El hecho fundamental que define las transformaciones del liberalismo en este siglo es la desventura del Estado liberal: apegado a un sistema socioeconómico que privilegiaba a una clase social, el liberalismo era considerado como la ideología de la burguesía y de las clases acomodadas, lo que no dejaba de despertar ciertas contradicciones a la hora de encarar las reformas necesarias para paliar los males de la industrialización y el abuso del poder económico, lo que requería de una serie de intervenciones en el libre desarrollo social y económico. Además, carente de herramientas para hacer frente a los nuevos fenómenos económicos (como la crisis del 30), el Estado liberal no tenía o parecía no tener dentro de su herencia ideológica los medios para enfrentar la realidad del nuevo siglo; de ahí que, agredido por ideologías que le eran hostiles, debía resguardar el valor de sus instituciones y su finalidad protectora de los derechos.

Pero hay otro hecho a ponderar: me refiero a los grandes cambios políticos operados luego de la Primera Guerra Mundial, que dieron lugar a la imposición del comunismo y a las más variadas experiencias socialistas. Mientras que en el siglo XIX el liberalismo aparecía como la ideología constituyente de los nuevos Estados, a partir del siglo XX su rival socialista dejó de ser pura teoría para convertirse en experiencia concreta. Y junto al socialismo aparecieron doctrinas revolucionarias, mezclas de nacionalismo y socialismo, corrientes políticas autoritarias, que disputaban la legitimidad del liberalismo aparentemente hegemónico (6).

Por eso, el liberalismo del siglo XX puede ser visto con ojos diversos: o bien como una adaptación a las novedades del siglo; o bien como una reacción contra los excesos o los cambios exagerados que alejaban al mundo de los principios liberales que le constituían. En el primer caso, hay en el liberalismo una mudanza ideológica, un intento de no quedarse atrás, de no perder poder político, acomodándose a los nuevos tiempos. En el segundo caso, el liberalismo reacciona frente a un mundo que parece negarle espacios, buscando sus raíces originarias, individualistas y antiestatistas.

### 2. Los dos momentos.

Pero estas expresiones liberales marcan dos tiempos bien definidos: hay un nuevo liberalismo desde fines del siglo pasado y que cubre la época de entre-guerras; hay un retorno al viejo liberalismo luego de la Segunda Guerra Mundial.

---

(6) Indispensable para la comprensión del significado de estos movimientos ideológicos es el libro de Seev Sternhell, Marios Sznajder y Maia Asheri, *The birth of fascist ideology*, tr. D. Maisel, Princeton U. P., Princeton: N. J., 1994.

El primero puede llamarse «neoliberalismo» en el sentido de que transforma la herencia liberal, siguiendo nuevos desarrollos para responder a los nuevos problemas. Es un liberalismo de corte social, que recoge nuevas perspectivas para nuevos problemas que ya a fines del siglo XIX se hacían ostensibles.

El segundo debería llamarse, con mayor corrección, «nuevo liberalismo», porque es un renacer del viejo pensamiento liberal, como crítica a la alianza de los neoliberales con los socialistas y socialdemócratas. Es el renacimiento del liberalismo clásico, sólo que ahora operará básicamente en o desde lo económico, identificándose con la reivindicación del mercado.

### 3. El Neoliberalismo propiamente dicho.

A fines del pasado siglo y comienzos del presente, el liberalismo en el poder tuvo que hacer frente a los nuevos problemas económicos y sociales. Se trataba de hallar soluciones prácticas, para problemas de gobierno frente a los que no se podía quedar inermes. Así, el liberalismo se hizo «reformista» y, en varios casos, llegó a modificar posiciones doctrinarias que los liberales atesoraban como baluartes, como la no intervención del Estado en lo económico social. Estas nuevas tendencias se inscriben en la línea de pensamiento abierta por Francis Charles Montague, quien en su libro *The limits of individual liberty* (Londres, 1885) proclamó «la rebelión contra la libertad negativa» y el avance hacia medidas positivas en favor de la libertad.

El viejo problema del liberalismo: las relaciones entre el individuo y el entorno social, reaparecía entre los pensadores ingleses e incluso entre los alemanes conocidos como «socialistas académicos» (Lujo Brentano, Friedrich Naumann, Theodor Heuss). En el intento de conciliar la ideología con los problemas sociales y la realidad nacional, el liberalismo perdería su carácter único y su rigor, cayendo en «los rodeos de la duda», minando su confianza en el progreso y la libertad. El revisionismo liberal debió considerar la naturaleza social del hombre al igual que sus necesidades y susceptibilidades no racionales; de estas críticas surgiría una nueva convicción liberal: la de la compatibilidad entre la ideología de la libertad y el Estado democrático (o «Estado del pueblo» como le llamara Friedrich Naumann). Se podría decir que los liberales descubrieron el Estado:

«El Estado, no sólo como limitación negativa sino como herramienta positiva para asegurar la libertad, tanto en sus dimensiones individualistas como cívico-sociales, representó la decisiva transformación hacia la modernización política del liberalismo (7).»

---

(7) Bracher, *La era de las ideologías*, págs. 119-120.

En Inglaterra, el sector más radical y disconforme del viejo Partido Liberal y de la intelectualidad liberal (Joseph Chamberlain, Henry George, L. T. Hobhouse, J. Hobson) tuvo aproximaciones políticas e ideológicas con el socialismo y el Partido Laborista. Lo que los caracteriza es la solución de los problemas sociales dentro de la tradición del liberalismo. Hobson reclamó un sistema tributario redistributivo que regulara el capitalismo; en un ensayo de 1909 (*La crisis del liberalismo*) escribió a favor de la reforma social anticipándose al Estado de bienestar de Lloyd George: cierto grado de propiedad pública del suelo para conseguir viviendas decentes; eliminación de los monopolios; red nacional de escuelas públicas; un sistema legal más equitativo. Según decía Percy Alden en su *Democratic England*, de 1906, el liberalismo debía realizar una «política positiva de reconstrucción social». En los hechos, esto implicaba la modificación de las relaciones de propiedad privada por medio de la intervención estatal, para favorecer una política de igualdad de oportunidades.

Hobhouse (8) presenta el momento de actualización del liberalismo, sostenido en una «teoría social constructiva». Parece que su punto de vista es el del interés de la comunidad, interés que puede llevar a compartir objetivos y políticas con el socialismo. Un concepto clave es el de «control social», que tiene por fin la igualdad y la libertad; porque, cuando el liberalismo «se convierte en una realidad activa se acerca, en ciertos casos, al socialismo», pues «para mantener la libertad privada y el principio de igualdad hemos de entrar en la esfera del control social». La libertad adquiere un carácter social y acaba identificándose con la igualdad. El Estado deja de ser pasivo espectador de los acontecimientos sociales y económicos para ser un miembro activo en la lucha por la igualdad y la libertad. En particular, Hobhouse sostiene que corresponde al Estado *el aseguramiento, la garantía, de las condiciones externas de vida de los hombres*, porque debe velar para que el hombre normal cuente con las condiciones para «alimentar, vestir y ofrecer un hogar a su familia y a él mismo, por medio de un trabajo remunerador. El derecho a trabajar y el derecho a un salario suficiente son tan respetables como el derecho de propiedad y otros derechos del hombre». En este sentido, un obrero sin trabajo no ofende a la caridad, sino a la «justicia de la sociedad». El liberalismo, para dar esta garantía, ha seguido dos caminos: facilitar al individuo el acceso a los medios de producción o asegurarle cierta participación en la riqueza pública. Por eso el Estado puede ahora intervenir en la economía, especialmente en la distribución de los beneficios de la riqueza producida.

En los Estados Unidos, el liberalismo radical (que anidaba en el seno del Partido Demócrata) impulsó una política intervencionista bajo las presidencias de W. Wilson y Th. Roosevelt. Para Wilson, el programa de un liberalismo actual no podía ser negativo sino positivo. En consecuencia, el derecho y el

---

(8) Leonard T. Hobhouse, *Liberalismo* (1911), Labor, Barcelona, 1927.

gobierno debían ir en ayuda del individuo para que no quedara desprotegido. Junto a esto, bregaba por sostener las instituciones democráticas y ofrecer un sistema limpio, pulcro, con elecciones y participación popular, con división de poderes y respeto del parlamento. En el caso de Th. Roosevelt, habrá que recordar la política del *New Deal* y las grandes reformas económico sociales que impulsó, instrumentando una política protectora a través de la intervención estatal. Como había anunciado en el conocido discurso de 1941, se trataba de consagrar, frentes a las libertades tradicionales, dos nuevas libertades importantes para el hombre común: la libertad frente a la necesidad y la libertad frente al miedo. El Estado debía brindar protección y garantías a estas nuevas libertades (9).

Si bien el proceso en uno y otro país es similar, los ingleses buscaron justificar teóricamente los cambios ideológicos, mientras que los americanos apelaron a su carácter pragmático y radical.

En el plano económico (y de ahí al político hay un solo paso), quien dio un respiro al liberalismo fue el gran teórico inglés John Maynard Keynes. Este le proporcionó nuevas bases a la economía política, asentadas en: una crítica al liberalismo clásico (el fin del *laissez faire*); y una teoría del bienestar centrada en las políticas públicas de inversión (que conducen a la intervención del Estado). Si bien discutir las ideas de Keynes y su pertenencia o no al liberalismo nos llevaría demasiado tiempo y espacio, lo cierto es que sus enseñanzas sirvieron para oxigenar el Estado liberal democrático y para aproximarlos, en sus políticas económicas específicas, a las prácticas de los Estados socialistas (10).

#### 4. El renacer del viejo liberalismo.

Luego de la Segunda Guerra Mundial se inicia el segundo momento de la evolución del liberalismo que dura hasta el presente. El tronco de este nuevo liberalismo es la crítica a la versión liberal socialista y al socialismo, pero aún dentro de la condena al mismo enemigo conviven tendencias por demás singulares. Las expresiones son heterogéneas, pero tienen en común la búsqueda de la solución a los problemas generados por el socialismo (la planificación, el control estatal de la economía y de la propiedad privada) en el redescubrimiento de la vieja herencia liberal.

Podemos señalar dentro de esta corriente también dos tiempos bien marcados: el de la *recuperación ideológica*, que está marcado por tres obras capitales: «Camino de servidumbre» de Hayek (1944), «La sociedad abierta y sus

---

(9) Cfr.: Alan Brinkley, *Liberalism and its discontents*, Harvard U. P., Cambridge: Mass., 1998.

(10) Cfr.: Johannes Messner, *El experimento inglés del socialismo*, tr. C. Melches, Rialp, Madrid, 1957, págs. 119-146.

enemigos» de Popper (1945) y «Acción humana» de Mises (1949); y el de la *difusión ideológica*, que ha convertido al liberalismo en una moda, momento que coincide con la reconstrucción del liberalismo como movimiento político a partir de fines de 1970 y comienzos de 1980. Es el caso de la presidencia de Reagan en Estados Unidos y del largo decenio de Margaret Thatcher en Inglaterra. La popularización del liberalismo por todo el mundo, especialmente en los países del llamado Tercer Mundo (11), ha sido la tarea entre otros, del francés Guy Sorman, autor de numerosos libros y artículos de propaganda y divulgación, de nulo o escaso aporte intelectual (12).

Si bien este movimiento político e ideológico es, como dijimos, heterogéneo, tiene un tronco común, que se manifiesta en: el respeto a los principios políticos del liberalismo clásico (división y limitación del poder, individualismo y derechos del individuo), habiéndose superado el hiato que separara antes al liberalismo de la democracia; la reafirmación de los principios económicos del viejo liberalismo (la llamada economía de la libertad o de mercado); y el retorno a los presupuestos antropológicos y cosmológicos del liberalismo clásico, para dar un nuevo sentido al liberalismo en el mundo actual.

## 5. El nuevo liberalismo y sus bases antropológicas.

Casi todas las tendencias liberales actuales son decididamente *individualistas*. En general, para definir una concepción antropológica, los nuevos liberales han vuelto a la tradición del individualismo de John Stuart Mill y Benjamin Constant. Lo que se quiere demostrar es que no puede haber verdadero desarrollo del individuo sin plena y total libertad. Esta libertad se afirma, primero, en un terreno general, básico, antropológico, para luego -en un segundo instante- esgrimirla como ingrediente esencial de cualquier política económica y social. Por ejemplo, Hayek en una de sus obras más importantes, *Los fundamentos de la libertad*, identifica la naturaleza moral del hombre con la libertad. La instancia moral del hombre está en su ser libre y esa libertad esencial debe ser el fundamento de todo el edificio social.

---

(11) Cfr.: Barry Levine (comp.), *El desafío neoliberal*, Norma, Colombia, 1992; y Alberto Benegas Lynch (h.), *Liberalismo para liberales*, 2.<sup>a</sup> ed., Emecé, Buenos Aires, 1986.

(12) Guy Sorman ha visitado diversos países de Latinoamérica y particularmente a la Argentina, donde ha dictado diversas conferencias y, durante varios años, ha sido columnista del prestigioso periódico *La Nación*. Sus libros son mera propaganda liberal de amplia difusión, destacándose: *La revolución conservadora americana*, Atlántida, Buenos Aires, 1983; *La solución liberal*, Atlántida, Buenos Aires, 1985; y *El Estado mínimo*, Atlántida, Buenos Aires, 1986.



«La libertad individual constituye lo que más apropiadamente puede considerarse como principio moral de la acción política. Pero, al igual que todos los principios morales, la libertad exige que se la acepte como valor intrínseco, como algo que debe respetarse sin preguntarnos si las consecuencias serán beneficiosas en un caso particular. No lograremos los resultados apetecidos sin aceptar la libertad como un credo o presunción tan fuerte que excluye toda consideración de conveniencia que la limite.» (13)

Esta declaración de Hayek es una clara oposición a lo que él ha llamado el «falso individualismo» que pretende regular de modo consciente la vida de los individuos, es decir, un individualismo que impulsa la acción del Estado para proteger a los individuos. Este falso individualismo atenta contra esa naturaleza moral libre de los mismos individuos a los que pretende ayudar. De la misma manera, Berlin ha censurado la política del siglo XX por haberse preocupado más por las «condiciones económicas y sociales de la libertad» que por la libertad misma; el paternalismo, lo ha enseñado la historia, puede crear las condiciones para la libertad pero negar la libertad misma (14).

Volviendo a Hayek, éste asocia la idea liberal del individualismo a la de un «orden espontáneo» generado por la misma libertad. Podemos preguntarnos: ¿cómo es posible que del libre juego de los individuos, impulsados cada uno por sus propios intereses, surja un bien social o un bien para el conjunto? Hayek retoma la explicación de la «mano invisible», originada en A. Smith, para fundamentar que: el orden social no es el fruto de un plan deliberado de la razón humana, por lo que el orden humano no se puede planificar; el orden social no es el resultado de un ser superior, sobrenatural, de donde todo depende del hombre y no alguna inteligencia o voluntad más elevada; y, en consecuencia, el orden social es el resultante de la «evolución adaptable» (idea que toma de Lamarck), es un orden espontáneo que brota naturalmente en condiciones de competencia.

«La condición decisiva para una mutua colaboración ventajosa entre los individuos, basada en el consentimiento voluntario y no en la coacción, es que hayan muchos individuos que puedan procurar la satisfacción de nuestras necesidades, de tal manera que nadie tenga que depender de determinada persona para el logro de las condiciones esenciales de la vida o para disfrutar la posibilidad de desenvolverse en determinada dirección. La competencia, hecha posible por la difusión de la propiedad, priva de todos los poderes coactivos a los propietarios individuales de cosas determinadas (15).»

---

(13) Friedrich A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad* (1959), 5.ª ed., Unión, Madrid, 1991, págs. 90-91.

(14) Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza, Madrid, 1988, pág. 57.

(15) Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, cit., pág. 170.

Así se asegura Hayek que nadie pueda imponer condiciones a los demás, que la competencia consiga que cada uno pueda obtener lo que busca como individuo, lo mismo en el terreno económico que en el político, el religioso o el moral.

Por otro lado, la libertad liberal sigue siendo básicamente negativa, es decir, se la define por la ausencia de oposición o de coacción arbitrariamente impuesta por otro u otros; en otras palabras, es independencia frente a la voluntad arbitraria de un tercero (16). Dentro de este concepto queda incluida la libertad de opción o de elección, porque careceríamos de ella si existieran obstáculos e impedimentos a la elección libre, aunque el objeto de la elección, el modo y el tiempo de ella sean totalmente indiferentes para la noción negativa de libertad. Quien más se ha esforzado por definir y defender este concepto de libertad negativa, el filósofo Isaiah Berlin, sostiene que «ser libre en este sentido quiere decir para mí que otros no se interpongan en mi actividad. Cuanto más extenso sea el ámbito de esta ausencia de interposición, más amplia es mi libertad.» (17)

En el liberalismo es fundamental esta concepción de la libertad negativa porque el uso que se haga de la autonomía individual, el ejercicio de la libertad, el acto libre, es indiferente moralmente y no interesa al derecho. Lo que importa es que esa libertad obre como un freno contra los intrusos o los despotas. Por eso el concepto de libertad liberal es correlativo del individualismo. Y esto es así aún en aquellos casos en que la libertad parece dotada de sentido positivo, como en Kant, donde el contenido sigue siendo indiferente. Casi podríamos afirmar que la libertad no sólo es la condición de la moralidad humana sino que la libertad «es» la moralidad misma.

## 6. El nuevo liberalismo económico.

Tal vez sea el campo de la economía donde más se habla de neoliberalismo, de un modo tan amplio y genérico, que a veces no permite comprender ciertas diferencias internas que subsisten en el liberalismo desde la Segunda Guerra Mundial. Sobre todo, habría que separar las ideas de la práctica, porque no todas las políticas llamadas liberales son tales ni todas las experiencias liberales se reducen a la libre competencia absoluta. En este sentido aún los liberales han sido pragmáticos y han sabido dar a las orientaciones económicas concretas ciertas direcciones que muchas veces eran rechazadas por la ideología.

---

(16) *Idem*, pág. 27.

(17) Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, cit., pág. 193. Afirma también Berlin que se trata de una «libertad de», es decir, de una no interferencia «en mi actividad hasta un cierto límite, que es cambiante, pero siempre reconocible» (*idem*, pág. 196). Con esto Berlin confirma que la idea negativa de libertad es indiferente de la acción, es la posibilidad de la acción, no la acción misma (*idem*, págs. 43-44).

Se pueden distinguir dos grandes corrientes: un liberalismo económico clásico y un liberalismo de tono más social. Lo que tiene en común es la defensa de la libertad económica; lo que los separa es la medida y la extensión de esa libertad. Ambos comparten la confianza en el mercado, pero no están de acuerdo hasta dónde debe la economía gobernarse por el mercado y cuándo o dónde empieza la preocupación por lo que escapa a él y forma parte de los límites o controles al mercado.

La revitalización de la economía liberal clásica provino de un gran número de economistas (Hayek, Mises, Rueff) que criticaron las políticas del Estado de Bienestar. Hayek rechaza toda medida de colectivización de la economía argumentando que el control sobre los medios de producción es una forma de controlar aspectos centrales de la vida humana. Una economía planificada es una economía en la que se sustituye al individuo por la colectividad, privando de la libertad individual a los agentes económicos. La planificación, el instrumento típico de las políticas socialistas, no sólo altera el orden espontáneo de la economía, sino que produce una distorsión en la evolución natural del organismo hacia posiciones o condiciones más ventajosas, generando un retardo o retroceso que se asimila a la esclavitud. El control de la vida económica, afirma Hayek, es mucho más que el control de la propiedad: es el control sobre la vida humana misma, sobre la libertad individual.

«Y quien controla toda la vida económica, controla los medios para todos nuestros fines y, por consiguiente, decide cuáles de estos han de ser satisfechos y cuáles no. Esta es realmente la cuestión crucial. El control económico no es sólo el control de un sector de la vida humana que puede separarse del resto; es el control de los medios que sirven a todos nuestros fines, y quien tenga la intervención total de los medios determinará también a que fines se destinarán, qué valores serán calificados como más altos y cuáles como más bajos: en resumen, qué deberán amar y procurarse los hombres (18).»

Mises, al igual que Hayek, cree que lo económico es el aspecto definitivo de la vida humana y que el liberalismo se resume en la libertad económica, es decir, en la defensa de la irrestricta propiedad privada:

«La enseñanza esencial del liberalismo es que sólo pueden lograrse la cooperación social y la división del trabajo en un sistema donde los medios de producción sean de propiedad privada, es decir, dentro de una sociedad de mercado o capitalista. Todos los otros principios del liberalismo —democracia, libertad personal del individuo, libertad de opinión y de prensa, paz entre las naciones— son consecuencia de este postulado básico. Sólo pueden concretarse dentro de un sociedad basada en la propiedad privada (19).»

---

(18) Friedrich A. Hayek, *Camino de servidumbre* (1944), 2.<sup>a</sup> ed., Alianza, Barcelona, 1985, pág. 125.

(19) Ludwig von Mises, *Omnipotent Government*, New Haven, 1944, pág. 48, citado en George Nash, *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*, GEL, Buenos Aires, 1987, pág. 21.

Esta corriente es la que lleva al liberalismo de mercado más crudo, que rechaza toda regulación o intervención estatal como limitación arbitraria a la libertad. Para ambos ideólogos, el enemigo de la libertad es el socialismo, concepto genérico y de vasto alcance, que va desde la negación de la propiedad privada de los medios de producción hasta el establecimiento de cualesquiera tipo de regulaciones o planificaciones públicas a la producción y distribución económicas (20). Normalmente, el neoliberalismo del que hoy se habla se refiere a las ideas de estos liberales, que luego fueron reforzadas por las escuelas monetaristas, como las de Chicago, que demandaban la no intervención del Estado en lo económico, especialmente a través del control del flujo monetario que se producía mediante políticas como las crediticias, por ejemplo, que había sido uno de los métodos principales aprobados por los seguidores de Keynes. Uno de los continuadores de este estilo de liberalismo económico es Rothbard, autor de numerosos libros en los que invariablemente apoya al mercado libre, como intercambio voluntario mundial beneficioso para todas las partes; sostiene que la distribución debe ocurrir también a través del mercado porque no es más que la consecuencia del proceso de libres intercambios; rechaza la interferencia del Estado en el mercado y que los actos del gobierno puedan aumentar la utilidad social; todo lo cual lo conduce a una defensa a ultranza del *laissez faire* (21).

Una segunda corriente, representada por economistas germanos con experiencia práctica en el gobierno, matizan el principio económico del *laissez faire* y limitan en su aplicación al imperio de ciertas condiciones extraeconómicas (W. Eucken, L. Erhard, W. Röpke). Estos escritores y políticos dieron lugar a la denominada «economía social del mercado» que ha caracterizado al desarrollo capitalista alemán (22), que no es una negación de la economía de mercado sino una corrección hacia objetivos supraindividuales que sólo pueden alcanzarse por medio de ciertos controles y regulaciones estatales. Por ejemplo, Röpke cree que la libertad económica ocupa una posición intermedia entre el *laissez faire* clásico y el estatismo socialista. La posición clásica es una especie del darwinismo social, que olvida las condiciones morales y sociales de la competencia; el estatismo de las políticas socialistas conduce a la politización absoluta de la economía, convirtiendo al Estado en un «dios terreno». Para Röpke una economía de mercado, que no se identifica con el *laissez faire*, supone: *el principio de la competencia*, que responde a la «soberanía del consumidor» y que acepta las consignas de responsabilidad y de riesgo empresarios, y exige la despolitización del mercado; *la revalorización*

---

(20) De Friedrich A. Hayek, además de *Camino de servidumbre*, véase *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*, Unión, Madrid, 1990; y de Ludwig von Mises, *Socialismo* (1932), 3.<sup>a</sup> ed., WBE, Buenos Aires, s/a.

(21) De Murray N. Rothbard, véase su artículo «Hacia una reconstrucción de la utilidad y de la economía del bienestar», en *Libertas*, IV/6 (mayo 1987), págs. 223-272.

(22) Véase Ludwig Erhard, *Bienestar para todos*, Omega, Barcelona, 1957; y Walter Eucken, *Fundamentos de política económica*, Rialp, Madrid, 1956.

*zación del rol del Estado*, a través del derecho, la jurisprudencia y la policía económica, que permite ciertas intervenciones correctivas, en tanto respete la mecánica de los precios y la autorregulación del mercado; en suma, es posible intervenir excepcionalmente, pero no planificar; y *el respeto al hombre*, a la naturaleza humana, que es el verdadero límite al mercado, pues se trata de la invocación de esferas independientes de la economía que no pueden medirse o tratarse económicamente (la esfera comunitaria y de la entrega desinteresada, la esfera de la autarquía y libre determinación personal, la esfera de las pequeñas y sencillas relaciones de vida). Con esto se logra una economía al servicio del hombre, no inhumana; una economía que no agota ni resume los valores humanos, sino que está al servicio de ellos. Röpke ha señalado que la economía no puede abordarse sólo desde lo económico; que las crisis económicas no pueden ser vistas únicamente con los lentes de la economía, porque su gran causa no es otra que «la descomposición de los fundamentos políticos y espirituales de nuestro sistema económico» (23).

Röpke era católico y esta unión entre catolicismo y liberalismo económico con «tono social» ha sido reforzada en los años recientes por Michael Novak, quien ha tratado de enlazar la doctrina social de la Iglesia con los resultados del sistema político económico norteamericano, de donde resultaría que la riqueza espiritual de las naciones resulta su gran capital para desarrollar libremente la economía y el régimen de gobierno (24). Uno de los puntos que destaca en este catolicismo liberal es que rechazan la asistencia estatal e insisten en los valores de la virtud de la caridad o de la solidaridad para mejorar la suerte de los necesitados (25).

Por último, en años recientes, algunos liberales que no son economistas han planteado la posibilidad de conciliar el liberalismo con las políticas del Estado de Bienestar, como es el caso de Dahrendorf, seguidor de Popper. Para estos, una vez que se ha salvado y asegurado la vigencia del Estado de Derecho y las oportunidades de una sociedad abierta, la economía puede organizarse de diversas maneras, incluyendo medidas sociales que en muchos casos son necesarias y convenientes. En particular, destacan estas intervenciones del Estado en países que, saliendo del socialismo o de experiencias similares, están en tránsito hacia una organización política y económica liberal y democrática. La sociedad abierta exige el respeto al derecho de propiedad, al mercado y a la libertad contractual, pero también el derecho al crecimiento, aspecto en el cual cabe un rol importante al Estado. Esto no significa adherirse al sistema capitalista

---

(23) Cfr.: Wilhelm Röpke, *La crisis social de nuestro tiempo* (1942), 2.<sup>a</sup> ed., Revista de Occidente, Madrid, 1956.

(24) Cfr.: especialmente de Michael Novak, *El espíritu del capitalismo democrático* (1982), 5.<sup>a</sup> ed., Ed. Tres Tiempos, Buenos Aires, 1988; y *Libertad con justicia* (1984), Emecé, Buenos Aires, 1992.

(25) Simplemente como referencia colateral, un intento menos liberal por conciliar catolicismo y libertad económica se puede hallar en diversas obras de Arthur Fridolin Utz, que en español ha editado Herder.

clásico. No hay sistema único de economía compatible con la sociedad abierta. El capitalismo «puro» (el de los libros de texto) no le parece a Dahrendorf una opción probable ni deseable, pues la realidad nunca es pura y la libertad es multifacética y desorganizada. En este sentido, la «economía social de mercado» es una «experiencia» válida, siempre que se tenga en cuenta que no es un modelo, y mucho menos un sistema (26).

Como síntesis podría decirse que Hayek, Mises, Friedmann, Rothbard y otros han marcado al capitalismo americano que, desde Reagan en adelante, es un capitalismo financiero y de bajo contenido social; en cambio, Erhard, Eucken, Röpke y tantos más han dado forma al capitalismo renano, un modelo industrial que contiene importantes correctivos sociales (27).

## 7. El liberalismo político.

En el terreno político no se han producido grandes novedades en el seno del liberalismo, salvando dos aspectos que merecen resaltarse. Por un lado, si bien los nuevos liberales se asientan sobre los principios políticos clásicos del liberalismo (derechos individuales, Estado constitucional de Derecho, poder formalmente limitado y control del gobierno), han aceptado que la democracia no es un enemigo de la libertad. El liberalismo ha incorporado a la democracia, entendida como igualdad política y participación más activa del pueblo, pues parece haber descubierto que el pueblo no es enemigo de las libertades fundamentales. En algunos casos, esta revalorización conduce a la defensa del Estado de Bienestar y a impugnar la situación de desigualdad de ciertos sectores. John Rawls, desde un hipotético estado de naturaleza («posición original») en el que existe un «velo de ignorancia», plantea el paso a la vida estatal con una garantía para los individuos en caso de que sus expectativas futuras se vieran frustradas por el cambio, garantía que en nombre de la justicia como equidad permitiría reparar las más enojosas desigualdades, pues la justicia no sólo manda que se otorgue a todos la igual libertad de ciudadanía y una equitativa igualdad de oportunidades, sino que también manda que se respete el principio de la diferencia, que significa la articulación de políticas en beneficio de los menos favorecidos (28).

---

(26) Ralph Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa*, Emecé, Barcelona, 1991, pág. 108.

(27) Cfr.: Michel Albert, *Capitalismo contra capitalismo*, Paidós, Buenos Aires, 1997.

(28) La obra clásica de la John Rawls es su *Teoría de la justicia*, FCE, México, 1979; nuevos escritos que introducen cambios en sus ideas primigenias se publicaron con el título *Liberalismo político*, FCE/UNAM, México, 1995. Una reciente e interesante polémica entre Rawls y Jürgen Habermas ha sido editada como *Debate sobre el liberalismo político*, Paidós, Barcelona, 1998, texto que sirve para comprender no sólo lo que aproxima y separa a estos filósofos sino también para entender las cercanías y las distancias entre un liberalismo social (Rawls) y un socialismo postmarxista liberal kantiano (Habermas).

En este mismo contexto, retomando las enseñanzas de Popper sobre el significado de la «sociedad abierta», un escritor de la talla de Dahrendorf, ligado intrínsecamente al inconformismo inglés, al reformismo social y al progresismo, no descuida el rol de Estado. Para actualizar la tradición liberal, sostiene, hace falta un nuevo concepto: el de oportunidades vitales. Y tal vez el mayor mérito de Dahrendorf radique en este punto, pues el descubrimiento o la invención del concepto de oportunidades vitales tiene una potencialidad tal que excede el marco del liberalismo. Pero si nos quedamos dentro de la ideología, si queremos un liberalismo dinámico y radical, que no sólo defienda las posiciones actuales de los individuos sino que genere también chances futuras de progreso a través de una política de cambio, Dahrendorf afirma que hay que partir de un concepto distinto al de Hayek.

«El concepto que precisamos para determinar los objetivos sociales y políticos de un liberalismo activo, tiene que incrustar las posibilidades del crecimiento humano en el modelo de las estructuras sociales, sin ignorar por ello que sigue siendo deseable la satisfacción absolutamente personal de las necesidades del individuo. Necesitamos, por lo tanto, un concepto estrictamente social, esto es, necesariamente histórico de las sociedades humanas, en concreto, un concepto que nos permita dar un contenido, tanto a las teorías sociales del cambio, como a la teoría política de la libertad (29).»

La exigencia no es menuda: Dahrendorf reclama del liberalismo que se convierta en un concepto social e histórico, es decir que deje de ser vacío y abstracto; que sea también un concepto estructural, que esté vinculado a la organización social concreta del lugar donde tenga que actuar; y que sea un concepto reformista, progresista, para abandonar el viejo vicio conservador. Por eso las recetas sistemáticas al estilo de Hayek no sirven. Para Dahrendorf la sociedad abierta es el descubrimiento fundamental de la modernidad. Su justificación está en la antropología que ha adoptado como base de sus argumentaciones.

«Los seres humanos son falibles y la condición humana es incierta. Nadie conoce todas las respuestas; en todo caso, nadie puede decir si las respuestas que se nos ofrecen son correctas o equivocadas. Por consiguiente, debemos intentar encontrar la verdad, pero asegurándonos que si erramos, o se cree que erramos, se pueda hacer un nuevo intento. No existe un peligro mayor para libertad humana que el dogma, el monopolio de un grupo, de una ideología o de un sistema. Por el mismo motivo, la mayor tarea es mantener nuestros asuntos abiertos al cambio. La sociedad abierta no promete una vida fácil. En realidad los seres humanos tienen una peligrosa tendencia a la comodidad que procura un sistema cerrado. Pero

---

(29) Ralph Dahrendorf, *Oportunidades vitales*, Espasa Calpe, Madrid, 1983, pág. 44.

si deseamos avanzar, perfeccionarnos y mejorar las condiciones en que los hombres y mujeres viven en este planeta, debemos aceptar la insegura, antagónica, incómoda pero soberbia y alentadora perspectiva de los horizontes abiertos. Karl Popper ha expresado la esencia de este movimiento: "Podemos retornar a la condición de las bestias. Pero si deseamos seguir siendo humanos, entonces hay un solo camino, el camino hacia la sociedad abierta (30)."

Por cierto que el presupuesto constitucional de la sociedad abierta es el Estado de derecho, en esto el liberalismo no puede ceder ni optar. Pero establecido el marco constitucional, no hay un modo único de plasmar esa sociedad abierta, por lo que se hace necesario un método especial. Un Estado que debe caminar hacia ella debe optar por un método estratégico de reforma. La idea central proviene de Popper con su distinción entre el método «paso a paso», en oposición a la «ingeniería utópica». Si bien Dahrendorf no comparte la terminología popperiana y considera desafortunada la expresión «ingeniería social», advierte que el propio Popper deja abierta la posibilidad de que una reforma paso a paso se inspire en una tendencia general. La clave es que no hay recetas mágicas y universales. La sociedad abierta se opone a la utopía que es, por su naturaleza, una sociedad total, una alternativa completa y, por tanto, una sociedad cerrada.

No obstante estas disquisiciones que tienen singular trascendencia para el pensamiento político, todos los liberales, en el fondo, siguen adhiriendo al liberalismo político clásico, en el sentido pluralista que lo confirió Daniel Bell: el concepto de bien común es unitario, requiere una gran homogeneidad cultural, que no es posible en sociedades plurales; lo que se necesita es hablar de «bien público», para evitar los desgarramientos culturales en nuestras sociedades heterogéneas.

«Por esta razón, el concepto kantiano de tolerancia y debido proceso, una república procesal, por así decirlo, se convierten en la condición sociológica del orden civil (31).»

Por otro lado, siguiendo con la generalizada crítica a la ilegítima injerencia del Estado en la vida individual (Hayek), han surgido tendencias más radicales, que algunos llaman «libertarias» porque tienden a presentar como inhumano e indigno todo poder que no sea completamente consentido por los individuos (32). En los Estados Unidos, esta corriente, que venía del pasado siglo, revive en contra de la experiencia del *New Deal*, rechazando al Estado, a los políticos, a la burocracia, a la administración, que según Frank Chodorov

---

(30) Dahrendorf, *Reflexiones sobre la revolución en Europa* cit., págs. 35-26.

(31) Daniel Bell, su intervención en «El predicamento del liberalismo. Simposio», en *Facetas*, N.º 2 (1988), especialmente págs. 7-8.

(32) Una noticia general en Norman Barry, voz «Libertarismo» en Nigel Ashford y Stephen Davies (dir.), *Diccionario del pensamiento conservador y liberal*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, págs. 205-208.



constituyen la «clase criminal profesional» (33). Esta línea ha sido seguida entre otros por David Friedman y Rothbard.

El caso más destacado, empero, es el de Robert Nozick, que en 1974 publicó un libro ya famoso: *Anarquía, Estado y utopía*, en el que defiende un Estado Mínimo, limitado a brindar protección o seguridad personal a los individuos, como sustento de la utopía de una sociedad de individuos completamente libres, poseedores de derechos que responden a su dignidad, y que sostienen sus vidas cooperando voluntariamente. Nozick quiere demostrar que el Estado Mínimo tal como él lo concibe es un *marco general que sobre la base del respeto de los derechos y la realización voluntaria* permite todo tipo de vidas y admite restricciones y limitaciones a los derechos que no puede imponer el Estado Mínimo (las restricciones morales indirectas).

Luego de observar todas las dificultades de los proyectos utópicos, su diversidad, etc., define cuál es el ideal (la utopía) del mejor de los mundos posibles. Este sería una asociación estable que contenga

«una diversidad de personas, con una diversidad de excelencias y talentos, cada uno beneficiándose de vivir con los otros, cada uno siendo de gran uso o deleite para los otros, complementándose. Y cada persona prefiere estar rodeada por una galaxia de personas de diversa excelencia y talento igual al suyo propio sobre la alternativa de ser la única luz brillante en un mar de relativa mediocridad. Todos admiran la individualidad de cada uno de los otros, que se exhibe en el desarrollo completo de otros en aspectos y potencialidades que ellos mismos han dejado relativamente subdesarrollados» (34).

Para que esta fantasía tenga relevancia en el mundo real, Nozick sigue una teoría de la utopía que distingue una doble naturaleza: la del marco utópico y la de las comunidades particulares utópicas. El marco de la utopía define un tipo particular de utopía: no es el *utopismo imperialista* que trata de imponerse por la fuerza; tampoco es el *utopismo misionero* que trata de persuadir o convencer (no por la fuerza) de las ventajas de una forma de comunidad; es un *utopismo existencial* que espera «que una pauta de comunidad existirá (será viable), aunque no necesariamente universal, de manera que aquellos que lo deseen puedan vivir de conformidad con ella». Esto ya nos lleva al segundo elemento de la teoría utópica: dentro del marco de la utopía pueden existir diversas comunidades individuales o particulares que tengan cualquier carácter compatible con el marco, es decir, que no violen los principios del marco. Afirma Nozick que «en una sociedad libre las personas pueden convenir en restricciones varias que el gobierno no puede imponerles legítimamente. Aunque la estructura es libertaria y de *laissez faire*, las *comunidades individuales dentro*

---

(33) Citado en George Nash, *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*, cit., pág. 31.

(34) Robert Nozick, *Anarquía, Estado y utopía*, FCE, México, 1988, pág. 295.

de ella no necesitan ser así y, tal vez ninguna comunidad dentro de ella escoja ser así» (35).

En suma: el marco debe dejar la libertad de experimentación de varias clases y una vez habilitado este espacio de experimentación, las personas son libres de estancarse o de innovar según sea la comunidad particular a la que adhieran. ¿Implica esto —se pregunta Nozick— que el marco debe ser rígido, que no se puede cambiar o, por el contrario, es posible pasar a un marco no voluntario que permita la exclusión de algunos estilos de vida? Nozick abandona el contenido ético de su teoría, la defensa a ultranza de la individualidad y de los planes individuales, para aceptar restricciones que los liberales más conspicuos del pasado siglo rechazaron. La pregunta sería: ¿puedo usar de mi individualidad para enajenar mi propia personalidad? Y, siendo afirmativa la respuesta: ¿debe el Estado Mínimo, que protege mis derechos, aceptar que me enajene y me esclavice?; esto es: ¿puede dejar de prestar su protección a mis derechos cuando los entrego o declino voluntariamente? La utopía de la sociedad libre asociada al Estado Mínimo lo permite, porque no es un estado final en el que se desarrollan todos nuestros deseos; no es algo estático, sino un *proceso utópico* de conformación de una sociedad libre «... que se desarrolla espontáneamente de las opciones individuales de muchas personas durante un largo espacio de tiempo...» En este sentido, el Estado Mínimo es el marco de la utopía, no la utopía misma. La conclusión de Nozick resume su pensamiento:

«El Estado Mínimo nos trata como individuos inviolables, que no pueden ser usados por otros de cierta manera, como medios o herramientas o instrumentos o recursos; nos trata como personas que tienen derechos individuales, con la dignidad que esto constituye. Que se nos trate con respeto, respetando nuestros derechos, nos permite, individualmente o con quien nosotros escojamos decidir nuestra vida y alcanzar nuestros fines y nuestra concepción de nosotros mismos, tanto como podamos, ayudados por la cooperación voluntaria de otros que posean la misma dignidad. ¿Cómo *osaría* cualquier Estado o grupo de individuos hacer más, o menos? (36)».

### III. DEL NEOCONSERVADORISMO, UNA IDEOLOGÍA INFORME.

#### 1. La situación del conservadorismo a comienzos de siglo.

Lo que hemos llamado conservadorismo (y que en países de habla hispana suele conocerse como tradicionalismo) evolucionó de manera distinta a las demás ideologías. En los países anglosajones (Inglaterra, Estados Unidos) for-

---

(35) *Idem*, pág. 307.

(36) *Idem*, pág. 319.

mó parte de la tradición institucional, estaba arraigado en las bases del sistema político. Eso le permitió conservar dos armas importantes: por un lado, una relativa independencia intelectual, que se advierte más claramente en Inglaterra; por el otro, cierta autonomía política, pues subsisten partidos políticos identificables con la ideología conservadora. Por eso, en los países anglosajones, el conservadorismo acompañó la evolución política de los respectivos países. Las posibilidades ciertas de gobernar hizo que no se mimetizara ni con el socialismo ni con el liberalismo, aunque por otro lado reforzó su talante pragmático y/o empírico. El ejercicio del gobierno fue acentuando su contenido pragmático; este último aspecto puso en peligro la defensa de una tradición de valores que el conservadorismo clásico siempre postuló como el cometido esencial de su ideología.

En la Europa continental, por otro lado, afectada por cambios permanentes, revoluciones y transformaciones institucionales, el conservadorismo había perdido una tradición identificatoria. Esa tradición había quedado muy atrás y quienes volvían a ella sin actualizarla, se convirtieron en reaccionarios. Era un conservadorismo a la defensiva. En consecuencia: no tuvo notoriedad política, o si gozó de ella siempre fue como ideología opositora, careciendo de la fuerza suficiente para acceder al poder; tampoco tuvo mucho brillo intelectual, salvo casos excepcionales, pues casi siempre proclamó el retorno a una tradición irrecuperable, anclada en el tiempo, con instituciones difícilmente compatibles con la realidad.

Este conservadorismo se hizo impopular y sucumbió luego de la Primera Guerra Mundial. Algunas figuras intelectuales fueron verdaderos revulsivos en sus respectivos países. Otros, se aferraron a regímenes autoritarios incapaces de acomodarse a los cambios sobrevinientes a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. Esta ha sido tal vez la razón de la condena del conservadorismo reaccionario: su colaboración con regímenes autoritarios, su participación intelectual y activa en el fascismo y el nacionalsocialismo, les volvió sospechosos de ser antidemocráticos. Muchos de ellos, para salvar su independencia de las tendencias autoritarias y totalitarias no hallaron otro refugio que el del liberalismo. Y de ahí una nueva confusión: los conservadores se entendieron con los liberales, en tanto ambos tenían enemigos comunes: el socialismo y el totalitarismo. Durante buena parte del período de entreguerras y hasta la década del 50 ser conservador o liberal parecía ser la misma cosa.

En el intento de recuperar la identidad, se sucedieron dos movimientos: el primero, que es el que se conoce como *neoconservadorismo*, intentó fusionar las viejas máximas conservadoras con los elementos de la sociedad contemporánea; el segundo, al mismo tiempo, intensificó la *recuperación de las raíces intelectuales*, proponiendo una vuelta a Burke y a los valores de la tradición conservadora, renovada a las alturas del siglo. Por eso hoy resulta muy difícil comprender al neoconservadorismo; por eso también suele hablarse de él como sinónimo del

neoliberalismo (como liberalismo clásico). Las preguntas que podrían hacerse, cuestionando ambas aristas conservadoras, serían las siguientes: ¿qué tiene de conservadora esa amalgama de liberalismo y tradicionalismo, con algunos elementos del *Welfare State*? ¿puede el conservadorismo recuperar y actualizar su vieja herencia sin renunciar a los principios esenciales de la tradición conservadora? Estas inquietudes se resumen en una sola: ¿es posible y cómo el conservadorismo hoy en día?

## 2. El neoconservadorismo: un neologismo de dudoso contenido.

Hablar de neoconservadorismo, tal como se usa en el lenguaje político cotidiano, en tono acusatorio y hasta peyorativo, resulta por lo menos arriesgado cuando no anacrónico, porque significa, en principio, importar problemas y experiencias ajenas, aunque esto sea «válido» en la ronda crítica de las ideologías. De todas formas, conviene advertir que el neoconservadorismo no es una experiencia generalizable, como ocurre, por el contrario, con el liberalismo. No goza de fama ni de difusión universal. El neoconservadorismo es un fenómeno ideológico típicamente norteamericano: porque nació en los Estados Unidos y nunca dejó de identificarse con la situación concreta de ese país, incluso difiere de la experiencia de Inglaterra. Aparece en Estados Unidos en la década del 40, luego de la Segunda Guerra Mundial, como reacción contra las políticas del Estado de Bienestar y la hegemónica tentación del liberalismo de identificar la tradición del país con su propia ideología.

En Inglaterra, en cambio, es el nombre con el que se conoce al renacimiento del conservadorismo tradicional, que se distingue del conservadorismo intervencionista de postguerra (Macmillan y Heath) que se había comprometido con la izquierda, y del conservadorismo liberal (Tatcher) que exageró la libertad (económica) a expensas del orden. Se le conoce como *Escuela de Peterhouse* -colegio de Cambridge de donde provienen- o como el Grupo de Salisbury, por el nombre de su publicación -la *Salisbury Review*-. Entre sus miembros destacan: Scruton, Cowling, Worsthorpe, Norman, Vincent y Casey (37); enfatizan la necesidad de un orden moral común, compartido, que el gobierno debe promover y poner en vigor; un orden civil basado en la autoridad, la jerarquía, la obediencia, el deber, la identidad nacional, la familia y los lazos sociales (38).

---

(37) Roger Scruton, profesor de estética, puede ser considerado como el más importante mentor de este grupo; sin embargo, su conservadorismo comparte bastante con el liberalismo, como se puede ver en su elogio a Nozick y Hayek, entre otros. Cft.: Roger Scruton (ed.), *Conservative texts. An anthology*, St. Martin's Press., New York, 1991.

(38) Ver: Nigel Ashford, voz «Neoconservadorismo» en Nigel Ashford y Stephen Davies (dir.), *Diccionario del pensamiento conservador y liberal*, cit., págs. 239-241.

### 3. Heterogeneidad del neoconservadorismo.

Lo ya dicho sirve para comprobar la falta de homogeneidad en el movimiento neoconservador: habría una corriente aliada al liberalismo, que decantó en las políticas económicas británicas y norteamericanas desde fines de los 70; habría otro neoconservadorismo que reaccionó contra esta liberalización; y, por último, existiría otra variante que aglutinó en su seno a distintos enemigos del estado de cosas imperantes luego de la Segunda Guerra Mundial.

Centrándonos en este último fenómeno o versión del neoconservadorismo, tomemos el caso de los Estados Unidos. Una muestra de la complejidad del fenómeno neoconservador se puede entender a partir de la variadas oleadas ideológicas y políticas que contribuyen a formarlo (39). Primero están *los liberales y los libertarios* (como Hayek, Mises, Chodorov o Alfred Jay Nock) que incorporan la idea de una economía libre, aunque luego afirmen que son liberales y nada tienen que ver con el conservadorismo (40). Luego se suman *los excomunistas* (como James Burnham), que señalan la importancia de asumir la defensa de los valores de la civilización occidental contra la amenaza del comunismo soviético. También aparecen *los intelectuales europeos*, especialmente alemanes, emigrados (como Strauss y Voegelin) que incorporarán al movimiento un trasfondo intelectual y filosófico del que carecían. Finalmente, están *los tradicionalistas o conservadores propiamente dichos*, que buscan en la historia americana una tradición política e intelectual nítidamente conservadora y no liberal, heredera del conservadorismo de Burke (por ejemplo, Robert Nisbet o Russell Kirk).

Como explica Kesler, el conservadorismo americano no ha sido, salvo en temperamento, particularmente americano; recuerda que Kirk lo ha llamado «cosmopolita» y que ha encontrado su principio directivo en Burke y la defensa de la Constitución Inglesa. También demuestra esta nota el hecho que Hayek defienda como principio fundamental la idea de la libertad en la tradición *Whig*. Empero, de acuerdo a Kesler, un rasgo central de la tradición americana es la defensa de la igualdad (41). Esta referencia a la igualdad, como constitutiva de la herencia del conservadorismo norteamericano, marca ya una diferencia sensible con el resto de la tradición conservadora y/o tradicionalista que aceptaba la jerarquía y la desigualdad como indispensables para la vida social (42).

---

(39) Véase fundamentalmente George Nash, *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*, cit.

(40) Muchos ideólogos olvidan la expresa repulsa de Hayek al conservadorismo, como lo acredita el post escrito a *Los fundamentos de la libertad*, cit., págs. 470 y ss., titulado significativamente «Por qué no soy conservador».

(41) Charles R. Kesler, «Introduction», en William F. Buckley, Jr. and Charles R. Kesler (ed.), *Keeping the tablets*, Harper and Row Publ., N.Y., 1988, págs. 3-18.

(42) En Buckley y Kesler, *Keeping the tablets*, cit., págs. 71 y ss., véanse las posiciones de Kendall y Jaffa en torno a la igualdad.

#### 4. Caracterización del neoconservadorismo.

Los distintos agregados humanos e ideológicos que conformaron el movimiento neoconservador permiten caracterizarlo o definirlo como una corriente «fusionista». El neoconservadorismo es un fusionismo (así lo afirma Frank Meyer), cuando no un verdadero híbrido ideológico. De acuerdo a Meyer, tal como lo expuso en *In defense of freedom: a conservative credo* (1962), el conservadorismo americano se caracterizaba por: 1.º considerar como fundamental la «libertad de la persona»; 2.º juzgar al orden político en función de su contribución a la libertad individual; 3.º entender que la esfera política es limitada y que el Estado tiene tres funciones: la defensa nacional, la preservación del orden interno y la administración de justicia; 4.º considerar que la sociedad es un «mito», y que el individuo es supremo («la sociedad y el Estado fueron hechos por hombres individuales, y no los individuos por la sociedad y el Estado», argumentaba Meyer); 5.º separar política y moral, pues el logro de la virtud no es una cuestión política: la libertad es el fin político último, en tanto que la virtud es el fin último del hombre como individuo; 6.º defender la libertad, no por su utilidad, sino por la «constitución del ser» (como diría Voegelin), de modo tal que la herencia de Occidente está en esta síntesis: «la razón actuando dentro de la tradición». En consecuencia, para acreditar la fuerza de este conservadorismo fusionista, Meyer será el editor de *What is conservatism?* (1964); en la conclusión de esta obra colectiva, Meyer resaltó los puntos de contacto de los diversos colaboradores, lo que constituía el credo conservador: 1.º la creencia en un «orden moral objetivo» de «parámetros inmutables por el que debía juzgarse la conducta humana»; 2.º la valoración unánime a la «persona humana» y la oposición a las ideologías que pretenden utilizar al Estado «para reforzar los modelos ideológicos e imponerlos a los seres humanos»; 3.º el apoyo unánime a una concepción limitada del Estado; y 4.º la desconfianza para con la planificación y la centralización del poder (43).

Pero la síntesis fusionista de Meyer tuvo duras réplicas. W. Kendall, R. Kirk y el católico L. Brent Bozell fueron algunos de los severos críticos desde las mismas filas conservadoras; sin embargo, el triunfo correspondió al fusionismo y uno de los motivos fue expuesto por el economista católico W. Röpke, en un artículo titulado *Liberalism and Christianity* (1947): el verdadero enfrentamiento era el que se daba entre el colectivismo-totalitarismo y los amigos de la libertad y la dignidad de la persona humana, por lo que, en este combate, era difícil separar la doctrina social de la Iglesia con todo lo que había de esencial y duradero en el liberalismo. Si esto sucedía en el campo católico, qué podía esperarse del conservadorismo.

---

(43) Sobre Meyer, ver George Nash, *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*, cit., págs. 218-220.

Fue precisamente esta capacidad de fusionar corrientes similares, lo que hizo del conservadorismo norteamericano, según la expresión de Raymond English, «una casa con muchas moradas». No obstante esta tendencia a canalizar diversas expresiones, el conservadorismo no carecía de una definición en la que se fundieran todos los elementos contrapuestos que lo componían. Meyer lo intentó; otros siguieron el mismo camino; por ejemplo, un militante neoconservador, William Henry Chamberlain, en un artículo titulado *Conservatism in evolution* (1963), se aproximaba al que podría denominarse el núcleo duro de los valores conservadores:

«El conservadorismo en todos los lugares y en todas las épocas ha defendido la religión, el patriotismo, la integridad de la familia y el respeto de la propiedad privada, considerándolos los cuatro pilares de una sociedad sólida y saludable.»

Por eso concluye Nash que Meyer y otros conservadores nunca se cansaban de repetir que el conservadorismo no era «una ideología completa con textos sagrados», sino que formaba parte de la sabiduría y del genio conservadores el que no intentara encerrar todas sus convicciones en un libro doctrinario. «Así, fuera cual fuese la incongruencia histórica o teórica de la alianza conservadora, a nivel de la creencia práctica esta alianza resultaba natural y sensata a ojos de la mayoría de los intelectuales de derecha.» (44)

Teniendo en cuenta esta característica, pueden explicarse algunas notas del neoconservadorismo y algunos de los errores que se cometen al interpretarlo.

a) La mezcla de distintas corrientes en su seno sirve para definir una fuerza política (la que acompañó a Reagan y Bush) antes que un movimiento ideológico con perfiles definidos. El neoconservadorismo se parece más a una fuerza opositora a las tendencias liberales nacidas del *New Deal* que a una ideología capaz de sintetizarse en algunos principios simples y de acceso masivo, que al mismo tiempo sean diferentes de los liberales.

b) A pesar de esto, no puede negarse la fuerza de convicción y el poder de persuasión de algunas de las «verdades» neoconservadoras, a juzgar por sus resultados, razón por la cual varios historiadores e intérpretes del neoconservadorismo tienden a presentarlo como un gran movimiento intelectual que, desde hace medio siglo, impulsa una nueva política, que será la aplicada, para bien o para mal, por Reagan (por ejemplo: Sorman).

c) El problema del neoconservadorismo, como ya lo advirtió uno de sus miembros (W. Chambers), es que caminaba al borde del precipicio, debido a la diversidad de sus elementos. La pregunta que se hacen algunos es ¿hasta dónde se puede transigir? Es decir: ¿hasta qué punto puede abarcar el movi-

---

(44) *Ídem*, págs. 225-228.

miento neoconservador sin desfigurarse, sin convertirse en algo completamente amorfo desde el punto de vista ideológico? Esta preocupación se encuentra bien reflejada en alguna cartas de Whittaker Chambers a William F. Buckley Jr. En una de las primeras de setiembre de 1954, le dice Chambers:

«Los que permanecen en el mundo, si no se rinden en sus propios términos, deben maniobrar dentro de sus propios términos. Eso es lo que deben decidir los conservadores: cuánto deben entregar con el objeto de sobrevivir; cuánto deben conceder para no abandonar sus principios básicos. Y, por supuesto, el resultado es una danza al borde del precipicio (45).»

¿Cómo cierra este negocio mundano? En su última carta a Buckley, de abril de 1961, decía Chambers que «cada época encuentra su propio lenguaje para un significado eterno». Si bien el argumento es razonable, a pesar de su olor a autojustificación, parece haber sido esa la intención de estos conservadores, pues como señalara Nash, ese era el desafío que los conservadores se habían planteado: «defender las verdades duraderas en un lenguaje seductor para los Estados Unidos de 1970» (46).

## 5. ¿Una cuestión de principios?

¿Qué elementos ideológicos ayudan a percibir la presencia del neoconservadorismo? Uno de sus adalides, el ex socialista Irving Kristol, intenta una especie de síntesis cuando presenta al neoconservadorismo como «liberal en lo político», «conservador en lo social o cultural» y con «cierto tono socialista en economía». Un estudioso del movimiento (Donatti) dice que es «tradicionalista en lo cultural» y «modernizante en lo económico». Semejante ensalada merece algún detenimiento en el estudio de sus condimentos.

A comienzos de la década de 1970 el grupo neoconservador parecía consolidado atrás de la figura de Kristol. Un análisis de William Bartley, editor asesor del *Wall Street Journal*, en el que se refería al público que seguía a Kristol y su publicación *The Public Interest*, afirmaba que se estaba forjando una «alianza de científicos sociales empíricos y filósofos políticos clásicos» en el sector neoconservador. Este grupo, que iba de Herman Kahn a Leo Strauss, evitaba todo purismo doctrinario que pudiera identificarlo con la vieja derecha. Los neoconservadores encaraban los problemas que el país debería enfrentar en la década del 70:

---

(45) *Ídem*, págs. 436.

(46) *Ídem*, págs. 439.



«Intelectualmente, los temas neoconservadores «son» los temas centrales de nuestra época. El colapso de los valores. El lugar de la tradición en una época de cambio. La necesidad no solo del progreso material externo sino también de la satisfacción interna derivada del vivir dentro de lo que parece ser una sociedad adecuada. El lugar de una elite intelectual en una nación en la que, según nos dice «The Public Interest», solo el once por ciento de los adultos ha completado cuatro años de enseñanza intermedia (47).»

Si alguna virtud ha tenido Kristol es la de haber catalizado los numerosos problemas de los setenta y comprendido que a ellos no podía dársele una respuesta desde el socialismo o liberalismo progresista que dominaba la cultura norteamericana. El neoconservador, dice Kristol, es un liberal (*liberal*) que ha sido asaltado por la espalda por la realidad. Por eso su neoconservadorismo «conserva» mucho de las ideas progresistas de los liberales o socialistas democráticos, que se fusionan a elementos culturales y/o sociales tomados de la polémica conservadora que estaba en el ambiente. El neoconservadorismo de Kristol y sus seguidores no deja de reflejar el mismo polémico fusionismo que Meyer adujera como característica del conservadorismo de los sesenta. El propio Kristol ha dicho de esta corriente de pensamiento que

«no hace reuniones, carece de una forma organizada, no tiene objetivos programáticos y cuando dos neoconservadores se encuentran están más dispuestos a discutir entre sí que a aceptarse o a confabular. Pero a pesar de todo, allí está; como un impulso que destella en el mundo intelectual; como una 'persuasión' (para usar un término antiguo y agradable); como un modo de pensamiento (pero no como una escuela de pensamiento)» (48).

En esta misma línea, el neoconservadorismo se distingue de los socialdemócratas porque es reformista y no defiende el *status quo*; reformismo que parecen haber perdido los *liberals* americanos; reformismo que se define como una vuelta, un retorno a «las fuentes originales de la visión liberal y de la energía liberal a fin de corregir la versión distorsionada que pasa hoy por ser la ortodoxia liberal». Por eso el primer rasgo del neoconservador es la desilusión ante el liberalismo contemporáneo; por eso también se distingue del viejo conservadorismo, al eliminar toda nota romántica, literaria, de su credo filosófico-político, que se nutre de Aristóteles y Locke, pero que desconfía de Rousseau. Su actitud ante la sociedad burguesa es de desapegado apego o «adhesión desapegada», porque si bien no es el mejor de todos los mundos imaginables, al menos es «el mejor de todos los mundos posibles». En lo económico, aceptan el mercado pero no lo creen suficiente para el crecimiento económico; este

---

(47) *Ídem*, págs. 419-420.

(48) Irving Kristol, *Reflexiones de un neoconservador*, GEL, Buenos Aires, 1983, págs. 93-94.

último se ha vuelto fundamental para la estabilidad social y política, que hace posible que la democracia sea un sistema viable y duradero. A esto se debe que no sean libertarios y que admitan que el Estado de Bienestar «conservador» es compatible con su doctrina. La familia y la religión, al igual que las numerosas asociaciones intermedias, son los pilares de una sociedad decente en la que reina la libertad. En suma, los neoconservadores son los defensores de un «capitalismo liberal, intelectual y moralmente fortalecido» (49).

Lo cierto es que, tales rasgos, siembran la confusión porque no es fácilmente apreciable tal combinación con una independencia ideológica. Se trataría, creo, de una *ideología espuria* que, frente al viejo conservadorismo, se caracterizaría por ser: a) más racionalista y, por lo tanto, menos confesional, tradicionalista y nacionalista; se presenta como un nuevo humanismo «progresista», según Babbitt; una suerte de conservadorismo rendido a los pies de los valores de la burguesía (50); b) más democrática e igualitaria y, por ende, menos centrada en encontrar soluciones históricas y nacionales a los problemas institucionales políticos y sociales; la ideología neoconservadora está preocupada por dar un impulso global a la democracia, como lo prueba la creación bajo el gobierno de Reagan de *The National Endowment for Democracy* (51); y c) en general, en lo económico, hay una condena o un rechazo al Estado de Bienestar, aunque neoconservadores como Kristol se sienten cómodos en él.

En síntesis: en el seno de lo que se llama neoconservadorismo hay una gran confusión, pues ha sido y es un movimiento político e intelectual demasiado impreciso. La carencia de una unidad filosófica le hace perder una identidad en lo político, lo económico y lo cultural. Esto ha hecho que el movimiento pudiera ser aprovechado por los liberales en beneficio propio, como ocurrió con Reagan. Además, el núcleo anticomunista ya no es aglutinante, desde el momento en que ha desaparecido el peligro ideológico, político y militar soviético. Por lo tanto, si el neoconservadorismo no logra definirse y presentarse con perfiles distintivos, carecerá de futuro (52). Permanecerá, como hasta hoy, como un mote descalificador aplicado a concepciones económicas que responden a reflejos liberales o pragmáticos, lo mismo que para respuestas culturales y sociales debidas a convicciones tradicionales o religiosas. Pero difícilmente pueda llamarse una ideología.

---

(49) *Idem*, págs. 94-95.

(50) Gonzalo Fernández de la Mora, «El método y el ideario conservadores», y Jaime Nogueira Pinto, «Renacimiento conservador», ambos en *Política*, Santiago de Chile, 11 (marzo 1987), págs. 13-21 y 23-32; también Antonio T. de Nicolás, «Bases filosóficas del neoconservatismo», en *Razón Española*, 20 (noviembre-diciembre 1986), págs. 327-336.

(51) Paul Gottfried & Thomas Fleming, *The conservative movement*, Tawney Publishers, Boston: Mass., 1988, pág. xiii.

(52) Así lo cree Thomas Molnar, «Retos del conservatismo», en *Razón Española*, 11 (mayo-junio 1985), págs. 285-290.

